

Gabriel García Márquez



Mauricio Wacquez



Bryce Echenique



Horacio Vázquez Rial



Cristina Peri Rossi



Julio Cortázar

Una prosa inesperada

“La novela latinoamericana es un género”

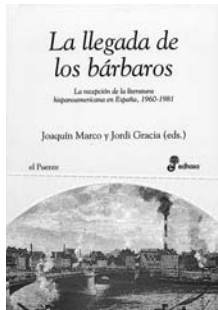
Juan Benet

He aquí un bloque denso de papel titulado *La llegada de los bárbaros*, con reseñas, artículos, entrevistas y ensayos varios editado por Edhasa que, bajo la pura y blanca luz de una lámpara halógena de largo brazo, muestra cómo se recibió la literatura latinoamericana en España entre 1960 y 1981

La conclusión es que salvo por algunas excepciones no fue de manera tan reticente como a veces se ha dicho. Muchos admiraron esa narrativa de inmediato y ahora, viendo como el tiempo roba poco a poco intensidad a las alegrías, añoran la forma en que leían aquellos libros de Vargas Llosa y García Márquez o *El obscuro pájaro de la noche*, *Rayuela*, *Un mundo para Julius...* Hubo polémicas, claro, que reflejaban el mosqueo de escritores que se sentían desplazados, como Lera, Ferres, López Salinas, y todos los bienintencionados que hacían una literatura sobre mineros y piquetas, sin complejidades psicológicas, seca y previsible. Gironella y Grosso se retrataron con una rubieta considerable. Torrente (autor, no olvidemos, de *La Saga/Fuga de JB*) no se mostró impresionado, criticó con razón la tendencia al preciosismo verbal de los latinoamericanos (todavía hoy una lacra) e

intuyó la de epígonos que se avenía.

Se revisan el premio Biblioteca Breve (contrapuesto al Nadal), la publicación de *La ciudad y los perros* por Seix Barral, el éxito de *Cien años de soledad*. Vargas Llosa y García Márquez vivían en Barcelona (más barata que su venerada París. Luego llegaron Pitol, Bryce, Vázquez-Rial, Mauricio Wacquez, Peri Rossi, Alberto Couste y muchos más, formando una gran colonia de “bárbaros” con Olivetti) donde estaban los editores, Meca de la nueva literatura. García Márquez intentaba vender pieles de caimán y acostarse con todo lo que se movía: como la mujer de Vargas se movía, intentó atacarla por el procedimiento de comunicarle que su marido se estaba acostando con otra. No le salió bien la jugada, hubo reyerta de machos, García Márquez recibió un cabezazo criollo-peruano en la cara. Vargas se arrepintió de haber escrito *La historia de un del-*



cidio y no permitió su reedición. Ese es todo el secreto de su animadversión aunque en el libro un canario prefiera atribuirlo al caso Padiella porque queda mejor. Mientras se odiaban con fervor, los buenos lectores, cansados de la ramplonería del realismo social, un casticismo que hacía hinchar las mejillas y soltar el aire

con exasperación, veían en su literatura una vía de libertad imaginativa y de renovación lingüística. Barral (en su querencia por Latinoamérica pudo influir el hecho de que su madre era de por allí) se lo pasaba en grande escribiendo solapas de libros y poniendo títulos (algo que siempre le gustó: *La ciudad y los perros*, *Últimas tardes con Teresa*, *Los convidados de piedra...*).

Madrid era contemplado por encima del hombro como un mundo ensimismado y provinciano. En la esnob Barcelona, entonces, no sólo se amaba a los escritores del llamado boom: todo lo de Hispanoamérica estaba de moda. Oíamos canciones de Cafre (“Zamba de mi esperanza, amanece como un querer”), de Facundo Cabral, de Víctor Jara, de los Chalchaleros. Aterraban argentinas que traducían muy bien del inglés y se dejaban palpar mejor que las chicas de Lérica o Santander. Nos poníamos jerséis de vicuña y ponchos que nos hacían sentir más castritas que nadie. Eran momentos de cine étnico y universidad convulsa en que de pronto descubríamos que además de Amado Nervo y Rubén Darío existían Carlos Fuentes, Cortázar, Borges, Carpentier, y que éstos generaban un entretenido “discurso secundario”, como diría Steiner.

Fue un fenómeno sociológico. Se había dado la confluencia entre unas novelas de indudable calidad y la mediación de editoriales, premios y Carmen Balcells que, con recatado moño, buscaba piso a los novelistas y empezaba a hacer su agosto. La crítica (alguna tardó algo en descubrir

por dónde soblab el viento: una vez descubierto aplaudió todo lo que viniera de aquellas latitudes) se dio cuenta de su trascendencia y presentó aquella literatura como un modelo de regeneración: ¡lo hizo hasta Guillermo Díaz-Plaja! Pero la introducción de esos escritores se produjo sobre todo a través de la promoción editorial y “las redes informales entre élites intelectuales”. Influyeron. Recuerdo las primeras huellas, por ejemplo, en *Si te dicen que caí* o en *El mercurio*. Modificaron los hábitos de lectura y de exégesis.

En el voluminoso libro hay compilados muchos juicios y debates que enternecen. Se habla entre otras cosas de censores (¡qué sintaxis la de sus informes!) obsesionados con las glándulas mamarías, y de los trabajos por neutralizar el intervencionismo del Estado. Luis Antonio de Villena se emociona interrogando a Múgica Láinez en un restaurante. Salvador Clotas se luce. Vázquez Montalbán ve, porque era muy listo, que algunas constantes de la nueva narrativa ya estaban en *El señor presidente*, de Asturias, autor que gana el Nobel por aquellos años, como para rematar triunfalmente el asunto.

Al final acabó el ruido, el conflicto entre “el sándalo y la berza”, se diversificó la oferta editorial latinoamericana, llegó la normalidad, se enmendó y estableció el escenario socioliterario. García Márquez se dedicó a repetir la misma receta una y otra vez con éxito creciente. Gironella murió en la indigencia. Alfonso Grosso en un Psiquiátrico.

Antonio Otero García-Tornel